



—Eso es como decir que quisieras quitar a mis hijos la comida de la boca.

—¿Por qué no lo matará un rayo o lo arrollará una estampida de vacas? —se lamentó Fern, ignorando la objeción de su amigo.

—Pensé que odiabas a Hen Randolph. George no te ha hecho nada.

—No aguanto a ninguno de ellos —afirmó, dirigiéndose a George, pero él no pareció escucharla.

—En el juicio se sabrá si Hen mató a Troy —le anunció Frank.

—George intentará sobornar al juez.

—La gente de Abilene no se deja comprar —le aseguró Frank.

—La mitad de este pueblo ya se ha vendido al ganado de Tejas —afirmó Fern, apuntando de nuevo con el dedo, pero esta vez hacia Frank—. El gobernador aplazó el juicio de Hen hasta que llegue su elegante abogado y ahora, además, lo ha trasladado a Topeka.

—¿Cómo sabes que están esperando a un abogado?

—¿Qué otra cosa podría querer decir ese telegrama? Además, ¿por qué otra razón alguien querría venir desde Boston? Deberías saber que no hay un abogado lo bastante bueno para ellos en todo Kansas, ni tampoco en Missouri.

—Bert no debería haberte mostrado ese telegrama —afirmó Frank, frunciendo el ceño.

—Sólo quería ayudarme. Debemos mantenernos unidos para defendernos de los forasteros.

—Esa clase de lealtad os meterá en líos a los dos uno de estos días.

—Nada me detendrá —sentenció Fern, alzando los hombros con plena confianza—. Tengo ganas de decirle a George lo que pienso de él y del asesino de su hermano.

—Yo, en tu lugar, me quedaría callada —le aconsejó Frank—. Ese tipo de conversaciones no está bien visto aquí. No soy el único que se gana la vida con los ganaderos.

—Entonces será mejor que empieces a buscar otra fuente de ingresos. No pasará mucho tiempo antes de que los granjeros y

los hacendados respetables de Kansas expulsen a los tejanos de la región. Pero antes habremos mandado a la horca a Hen Randolph.

—Nadie vio quién mató a tu primo —señaló Frank con amabilidad—. No estoy diciendo que no fuera Hen Randolph, pero no tienes manera de probarlo. Y sabes que en este pueblo no ahorcarán a ningún tejano a menos que tengas pruebas contundentes. La gente tiene miedo de que dejen de hacer negocios con nosotros y se vayan a Ellsworth, o de que incendien el pueblo.

—No son más que una panda de cobardes —sentenció Fern con ira.

—A ningún hombre le gusta que lo traten de cobarde, Fern, y menos a aquellos que lo son. Hay muchos tejanos aquí en este momento, así que a menos que tengas la intención de irte lejos del pueblo...

—No me pienso mover de aquí hasta que logre ver a ese abogado.

—Será mejor que tengas cuidado con lo que dices. De lo contrario, te aconsejo que te guardes las espaldas.

—¿Crees que George Randolph me mataría?

—No. A pesar de lo que dices de él, George es un caballero. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de los demás tejanos. Cuando hay problemas, se apoyan unos a otros como si llevaran el mismo apellido. Aunque él no necesita ayuda de nadie —dijo Frank, mirando a George—. He oído decir que tiene seis hermanos y que todos son igual de valientes.

—Me importa un bledo si tiene seiscientos hermanos —afirmó Fern—. Hen Randolph irá a la horca. Eso te lo aseguro.

La locomotora de la Kansas Pacific arrojaba nubes de humo negro en el inmaculado cielo azul de Kansas al tiempo que disminuía la velocidad al acercarse a Abilene. En el interior del vagón de pasajeros se encontraba James Madison Randolph.

—No se deje engañar por su aspecto tosco —aconsejó el único pasajero que acompañaba a Madison en el vagón, un hombre hablador cuya conversación había tratado de evitar durante el trayecto desde Kansas City—. Charley Thompson di-

señó el trazado de nuestro pueblo hace unos doce años, pero ya es uno de los más importantes del estado. Algún día será la ciudad principal de Kansas.

El hombre se había presentado como Sam Belton, propietario de la agencia inmobiliaria más grande de Abilene. Madison intentó ignorarlo, al igual que el ruido y el hedor provenientes de los corrales que bordeaban la vía férrea en el sur del país, pero no logró ninguno de estos dos cometidos.

—Es verdad que hay mucha gente a la que sólo le importa amasar todo el dinero que pueda mientras dure el *boom* del ganado —siguió diciendo Belton—, pero aún quedan muchos ciudadanos decentes que odian el comercio de vacas tanto como yo. Algún día se divisarán cultivos hasta donde alcance la vista.

Madison no tenía que hacer un estudio del terreno para saber que la agricultura sería una labor bastante arriesgada en aquella región. Una mirada le había bastado para darse cuenta de que era tan árida como Tejas.

Pero Madison no podía perder el tiempo pensando en Kansas ni en sus futuros granjeros. George debía de estar esperándolo en la estación, y con él todas las preguntas que habían quedado sin respuesta durante ocho años. Madison había temido aquel encuentro desde que se subió al tren en Boston.

Se levantó sin ganas cuando el tren se detuvo. Se miró la ropa y frunció el ceño. El viaje y el calor habían arruinado su aspecto. Kansas no se parecía en nada a Boston ni a Virginia; en cambio, su semejanza con Tejas resultaba deprimente. Los tres años que pasó en ese estado habían sido para él una pesadilla que prefería recordar lo menos posible, o mejor, olvidar.

«No pienses en nada. Sólo haz lo que tienes que hacer. Así pagarás tu deuda y podrás reanudar tu vida».

—Le aconsejo que se aloje en el Gulf House —comentó Belton a Madison—. No es el hotel más frecuentado, pero el Drovers Cottage está lleno de tejanos. No tenemos ningún problema en aceptar su dinero, pero nadie quiere dormir bajo el mismo techo que ellos.

Madison miró a Belton de tal manera que éste se bajó del tren sin hacer más comentarios.

Madison Randolph no se había forjado ninguna idea respecto a Abilene, pero pensaba que por lo menos tendría una estación de ferrocarril. Sin embargo, al bajar del tren todo lo que encontró fue una explanada de tierra árida tan grande como una plaza, que separaba la vía férrea de las casas del pueblo.

Se le cayó el equipaje de las manos.

El calor que absorbía su traje negro le hacía sentir como si la temperatura fuera veinte grados más alta. Recogió las maletas y se dirigió hacia el primer edificio que vio. Las palabras *Drovers Cottage* estaban grabadas en grandes letras en la fachada del hotel de tres pisos. Madison esperaba, a pesar del comentario de Belton, que aquel lugar al menos ofreciera un techo, habitaciones y un mínimo de comodidad.

Fern sintió una punzada en el estómago. El hombre más guapo que hubiera visto jamás acababa de bajarse del tren. Se quedó mirándolo con la boca y los ojos abiertos mientras a duras penas conseguía apoyarse en el alféizar de la ventana. Nunca había visto a otro hombre como aquél. Ni siquiera se vestía como una persona corriente. Sus ropas lo harían destacar en cualquier reunión. Con toda seguridad en Abilene no pasaría inadvertido.

Estaba acostumbrada a ver hombres toscos, sucios por el trabajo que realizaban, burdos debido a la manera como vivían o fuertes porque tenían que serlo, pero sólo conseguían estar limpios en el momento en que acababan de salir del baño y entonces caminaban como si no se sintieran a gusto en aquel estado tan poco habitual en ellos.

Además, emanaba seguridad. Parecía fuerte y decidido, como un toro joven que reconoce un territorio nuevo con la intención de hacerlo suyo, y también refinado y elegante. A Fern no se le escapó el detalle de que el abrigo le marcaba aquellos hombros tan anchos.

Le comenzaron a flaquear las piernas cuando lo vio mirar alrededor con desdén. Se parecía tanto a George que podría ser su doble. ¿Por qué tenía que ser otro Randolph?

La rabia que empezó a crecerle dentro no le impidió echar un último y prolongado vistazo a aquel Adonis que había hecho

que su corazón dejara de latir por unos instantes. Si fueran otros tiempos... Si fuera otro hombre...

Pero no lo era. Era uno de los Randolph.

Recordar el asesinato de Troy la obligó a ser fuerte. Aquel hombre era su enemigo. Había venido a burlarse de la justicia, pero ella no se lo permitiría.

Madison se detuvo cuando vio al hombre que podría ser su doble bajar las escaleras del hotel. Le desconcertaba que fueran tan parecidos. Siempre se habían parecido mucho, pero la última vez que se habían visto él aún era un adolescente, mientras que George ya era adulto. Ahora era como si se viera en un espejo. El pasado volvió de forma inesperada y lo envolvió en un mar de emociones fuertes y contradictorias. Se había prometido no sentir nada. No quería sentir nada. Pero, al encontrarse con el hermano mayor que no había visto en ocho años, sintió que tenía muchas cosas que poner en orden en el poco tiempo que le quedaba antes de que estuvieran frente a frente.

Madison vaciló por un instante, estuvo a punto de regresar al tren. Sin embargo, se obligó a seguir adelante.

Se encontraron en mitad de la explanada. Estaban solos.

—Les dije que estabas vivo —afirmó George, mirando a su hermano como si quisiera grabar en la memoria cada detalle de su apariencia. Sus palabras sonaron como un suspiro, como la liberación de la respiración contenida durante mucho tiempo.

Madison no esperaba que George saltara de alegría al verlo, pero tampoco que las primeras palabras que pronunciara le hicieran revivir el martirio de los años que había pasado preguntándose si él estaría vivo.

Sintió una culpa que era demasiado pesada e implacable como para ignorarla.

Sintió culpa porque siempre había sabido que George estaría preocupado, porque nunca escribió. Sintió culpa del miedo a que su familia pudiera destruir la nueva vida que se había construido.

—Sabía que regresarías.